



Palabras clave
valores, sociología, deporte, ideología

Los valores del deporte. Una perspectiva sociológica

Klaus Heinemann

*Catedrático de Sociología.
Universidad de Hamburgo (Alemania)*

Traducción del alemán: Magdalena Corra, Klaus Heinemann, Núria Puig

Abstract

The thesis of the article is the following: the sport has not values. The values of sport are: 1. subjective judgements attributed by people according to their sporting experiences and the effects (positive or negative) they perceive; and 2. the judgements attributed to sport from institutions (clubs, fitness centres, the State, educational institutions...). Therefore, the values of sport are secondary and "causal" attributions given by persons and/or institutions. Each of the parts of the article develops the way in which the above mentioned thesis can be demonstrated in different fields: the person, the market (economic value of sport), institutions –mostly clubs– and the State. Conclusions discuss about the problems to establish the values of sport.

Key words

values, sociology, sport, ideology

Resumen

El artículo desarrolla la tesis siguiente: el deporte no tiene valores en sí mismo. Sobre todo, los valores del deporte son, o bien juicios subjetivos y estimativos que emiten las personas que lo practican sobre la base de los efectos (positivos o negativos) que creen obtener, o bien los efectos que ciertas instituciones (clubes, gimnasios de fitness, el Estado, las instituciones educativas ...) le atribuyen. Los valores del deporte son, por tanto, asignaciones (de valor) secundarias y "casuales" por medio de personas o instituciones. Cada uno de los apartados del artículo desarrolla el modo como la mencionada tesis se demuestra en ámbitos sucesivos: el de la persona, el del mercado (valor económico del deporte), el de las instituciones –principalmente los clubes– y el del Estado. En las conclusiones se reflexiona sobre los problemas para determinar los valores del deporte.

El deporte no tiene valores

Fácilmente se cae en la cuenta de lo terriblemente difícil que resulta hablar de algo

que no existe, como de un fantasma, de un vampiro o, precisamente de lo que ahora nos toca, de "los valores del deporte", dado que el deporte, en sí mismo, no tiene ningún tipo de valor. Tampoco éste puede dar una explicación a dichos valores partiendo de sí mismo y de forma autónoma. El deporte, entendido como una forma específica y reglamentada de trato al cuerpo, carece "de valor".

Los valores del deporte no surgen del deporte, no son cualidades del mismo. Sobre todo, los valores del deporte son, o bien juicios subjetivos y estimativos que emiten las personas que lo practican sobre la base de los efectos (positivos o negativos) que obtienen a partir de lo que esperan o de lo que se les promete, o bien los efectos que ciertas instituciones, como los clubes y asociaciones, los gimnasios de fitness, el Estado, las empresas e instituciones educativas así como las Iglesias, esperan o prometen a otros proclamándolos "valiosos". Los valores del deporte sólo son el resultado de valoraciones realizadas por individuos o por instituciones. Los valores del deporte son siempre beneficios o funciones; es decir, expectativas de beneficios o de funciones procedentes de

personas y de instituciones. En resumidas cuentas: los valores del deporte no existen, sino solamente la valoración del deporte por alguien. Los valores del deporte son, por tanto, asignaciones (de valor) secundarias y “casuales” por medio de personas o instituciones.

De este modo –desde una perspectiva sociológica– sólo podemos hablar de valores del deporte examinando las razones y condiciones sociales de las que emanan las decisiones y asignaciones de valor y, seguidamente, analizando las consecuencias que se derivan de las valoraciones emitidas. Con arreglo a ello, surgen cuatro cuestiones a tratar:

- ¿Qué efectos atribuyen al deporte unos determinados deportistas y unas determinadas instituciones bajo unas determinadas condiciones, sean reales o meras expectativas?
- ¿Cómo aparecen valorados dichos resultados, sean reales o esperados?
- ¿Qué motivos llevan a que las distintas formas de deporte sean valoradas de forma positiva o negativa por las diferentes personas e instituciones? ¿por qué éstas propagan dichos valores? y ¿qué esperan de esas asignaciones de valor?
- ¿Qué responsabilidad tienen las diferentes instituciones frente a los deportistas y frente a otras instituciones al proclamar “los valores del deporte”?

Las respuestas a las cuestiones planteadas y las reflexiones en torno a las mismas no son únicamente relevantes de cara a una ética del deporte, sino también para la política deportiva, ya que el programa “deporte para todos”, propagado desde hace décadas, sobre todo por los países europeos,¹ únicamente resulta razonable en los casos en que el deporte tenga un valor positivo que redunde en provecho de todos. Solamente sobre la base de sus valores, se hace el deporte objeto de la política deportiva y así, en parte, de la política del Estado de Bienestar. Sólo a partir de dichas atribuciones de valor se convierte el “deporte

para todos” en el fundamento del fomento estatal del deporte y no meramente en la finalidad programática de las asociaciones y clubes deportivos. De esta forma, el deporte, por medio de sus valores, conecta con algunos objetivos del Estado de Bienestar como la política sanitaria, la política de juventud y la política de integración social. Lo que nos queda por determinar son los valores que sirven de base a dicha política, cómo se originan, quién los establece y quién controla, si realmente se cumplen. De estas cuestiones nos ocuparemos a continuación.

La tesis de la valoración subjetiva del deporte

Disponemos de resultados de investigaciones empíricas procedentes de todas las sociedades modernas acerca de por qué la gente hace deporte, de qué es lo que valora de éste y de los efectos que desea obtener de él. Dichos resultados pueden dar por empíricamente sentado lo que se espera del deporte, a saber:

- Salud, fitness y modelar el cuerpo.
- Bienestar, sentir y conocer el cuerpo.
- Diversión, satisfacción y distracción.
- Vida social, comunicación e integración.
- Belleza, una forma atractiva de expresión individual y con ello, según las circunstancias, también confianza en sí mismo.
- Prestigio, reconocimiento y aceptación social.
- Distracción, sensaciones y un disfrute de rápida satisfacción.

Sin embargo, esta recopilación no contiene informaciones válidas. Parece que proceda de un folleto publicitario de una asociación de tiempo libre y no que sean el resultado de grandes esfuerzos investigadores. Estos datos no son más que la agregación de muchas opiniones individuales. Además, no se sabe qué se esconde exactamente detrás de estas opiniones individuales: ¿se trata de los efectos reales obtenidos o úni-

camente de los efectos que se desean obtener?; ¿son justificaciones racionales para legitimar comportamientos que responden a motivaciones diferentes?; ¿se trata de la reproducción de los juicios y “valores” socialmente atribuidos al deporte y que son propagados intensamente en todos los medios de comunicación social? De cualquier forma, a pesar de estas observaciones, de estos resultados se pueden extraer algunas notas generales.

Los valores del deporte son subjetivamente variables

Existen millones de personas que hacen deporte; existe una gran cifra de distintos tipos de deporte en continuo crecimiento –al parecer la cifra de los deportes practicados se encuentra entre los 150 y 200– y dichos tipos de deporte se practican de diferentes formas: como deporte de ocio o de competición, como parte de programas de entretenimiento, para rehabilitación, como componentes esenciales de las ofertas de turismo, entre otras. Este amplio espectro de lo que se puede entender por deporte, es ofrecido y, con ello, valorado por las más variadas instituciones –clubes y asociaciones, oferentes comerciales de deporte, empresas, entidades estatales, etc. Los efectos que la gente espera obtener del deporte dependen, a su vez, de quien lo practique en cada caso y de las condiciones bajo las que lo haga. Las personas mayores parecen valorar el deporte de forma diferente a las jóvenes; quién hace deporte en un gimnasio de fitness busca algo distinto que en un club; para el que practica el deporte de competición profesionalmente, éste tiene otro valor que para el mero deportista de tiempo libre; el jugador de golf (al parecer) aprecia en su deporte otra cosa que el boxeador, etc. Además, estas valoraciones son a su vez distintas en los diferentes países y, en definitiva, mutables a medida que transcurre el tiempo. Los valores del deporte tienen simultáneamente una relevancia histórica y culturalmente variable.

¹ Ya en 1975 la Conferencia Europea de ministros del deporte apeló a los países miembros en una Carta Europea de Deporte para Todos a establecer condiciones que posibilitaran a la totalidad de la población la práctica del deporte, sin diferencias por razón de sexo, ocupación laboral e ingresos. El “deporte para todos” forma parte de las políticas del Estado de Bienestar en todos los países europeos.

El valor del deporte resulta ser un juicio subjetivo de aquellas personas que lo practican o que no lo hacen por considerar su valor negativo. Lo que unos saborean de forma especial, a otros puede ser que les llegue incluso a repeler: para unos una maratón constituye una forma sin igual de conocer los límites y resistencia personal y para otros una tortura física de mal gusto; ir a un gimnasio de *fitness* les resulta a algunos imprescindible para la salud y otros lo ven como pura vanidad; correr es para unos una forma especial de disfrutar de la naturaleza y para otros un trote aburrido por caminos llenos de baches; a unos les embriaga la velocidad del esquí y otros lo ven como amenaza para sus huesos y para el medio natural. Cada persona se hace una composición distinta de las ventajas y desventajas del deporte. La subjetividad de los valores se percibe también al participar en eventos deportivos como espectador. Cada uno aprecia en éstos algo diferente: la alegría por el resultado del juego; la dificultad para encontrar aparcamiento y, a parte de ello, su alto precio y abarrotamiento; los jugadores en plantilla; el encuentro con los amigos; el número de goles marcados; el mayor o menor atractivo de los descansos; los disturbios provocados por los fans etc.

Los valores aparecen mezclados de forma diferente

Uno puede esperar un efecto único y claramente delimitado del deporte o muchos al mismo tiempo. En el deporte, especialmente en sus formas tradicionales, con frecuencia se materializan muchos de los anteriormente considerados como posibles valores del deporte, aunque ellos no hayan sido la causa que directamente haya motivado su práctica. Para cada uno el valor de "su" deporte es el resultado de una mezcla, en cada caso diferente, y de una valoración personal de resultados y efectos muy variados. Sin embargo, cada vez es más frecuente toparse con una actitud de espera consciente de efectos específicos en detrimento de todos los demás. En un gimnasio de *fitness* se espera modelar el cuerpo, en un baño de recreo uno desea divertirse, haciendo yoga se busca

relajación, en el *jogging* se trabaja para la salud. Del mismo modo en que, por una parte, se da un proceso de independización del complejo de motivos –salud, *fitness*, diversión, bienestar, potencial– existen, por la otra, nuevas formas de ofertas selectivas que dan cabida a dichos motivos.

El alcance de dichos valores es una cuestión de trabajo personal

Dichos valores del deporte no se pueden comprar. Mediante la adquisición de un aparato deportivo o en calidad de miembro de un club se obtiene únicamente un potencial de aprovechamiento global que requiere, para resultar de provecho, un rendimiento adicional del deportista. Los valores del deporte no se pueden extraer de un consumo pasivo en función de las ganas o desgana frente a una situación externa. Más bien, se requieren adicionalmente tiempo y esfuerzo para que se vayan produciendo los efectos deseados en muchas situaciones concretas. Los conocimientos, capacidades y técnicas de actuación individual juegan un papel decisivo en la configuración de esa serie de situaciones concretas. El conocimiento se tiene que adquirir. En el caso de las capacidades y técnicas de actuación se trata de medios de existencia limitada de cuya disponibilidad se puede obtener un cálculo estable. A nadie le resulta extraño, el hecho de fracasar en una competición sería o en un examen, aún estando bien preparado. Se trata de situaciones de componente variable que se pueden trasladar al deporte, afirmando que el valor de éste es, de antemano, difícilmente calculable.

Los efectos del deporte se empiezan a manifestar en el futuro

Los valores del deporte se materializan en una cadena de situaciones particulares que se van sucediendo con el paso del tiempo; así, los valores que se espera obtener de él están proyectados en el futuro. Sin embargo, las expectativas de valores que se tienen con relación al deporte son inciertas en el momento en que comenza-

mos por asociar una práctica deportiva, un equipamiento para la misma... a un determinado valor. Así mismo las emociones, sensaciones, resultados... que van asociados al valor pueden ser deseados pero no se sabe si realmente se realizarán. Además, según nuestras experiencias cotidianas, el presente del futuro es diferente al futuro que imaginamos (como es sabido son los preparativos los que acaban proporcionando la mayor alegría). En resumen, este conjunto de situaciones particulares proyectadas en el futuro son altamente variables y, rara vez, totalmente controlables.

A modo de ejemplo respecto a lo expuesto, se puede tomar el caso del aficionado al deporte de vela que, ante una fuerza del viento de intensidad 8, chubascos, mala visibilidad y temperaturas alrededor de los 10°, se ha visto ante la acuciante necesidad de buscar el puerto más próximo y hasta se ha podido arrepentir de comprar el barco y haber depositado tantas expectativas en el mismo. En cambio, la misma persona también ha sentido una alegría sin igual al poder hacerse finalmente a la vela con un viento de fuerza 4 y sol radiante. Cada situación concreta debe configurarse y ser superada por separado. El hecho de que el deporte de cabida al valor deseado varía completamente de situación en situación. Acerca de los valores y de los beneficios del deporte no se puede decidir, de antemano, de forma racional.

Los efectos negativos y positivos aparecen repartidos desigualmente

Otro problema reside en el hecho de que el deporte no sólo tiene efectos y funciones susceptibles de valoración positiva. El deporte puede tener también un valor negativo. Piénsese, en el menoscabo del medio ambiente, en los destrozos que ocasionan los hooligans violentos, en los daños a la salud que puede acarrear un afán de rendimiento desmesurado así como en los impuestos que todos, incluyendo a los que de ningún modo están interesados en el deporte, tienen que pagar para financiar los grandes eventos deportivos. En definitiva, el problema es que las personas que obtie-



nen alguna ventaja por medio del deporte no tienen porque coincidir con las que cargan con sus gastos. Las ganancias y pérdidas están desigualmente repartidas. Este hecho se aprecia mejor por medio de un bonito ejemplo sobre las ventajas e inconvenientes en la distribución espacial de una instalación deportiva, que tomo de Bale (1993, 104) y que a continuación expongo. Calculó por un lado la distribución de los ingresos adicionales obtenidos gracias a los gastos de los visitantes en tiendas, restaurantes y kioscos cercanos, aparcamientos, empresas de transporte y vendedores de entradas dependiendo de la distancia a un estadio; por otro lado, evaluó los daños y perjuicios producidos por los fans, el ruido del tráfico y los atascos, los problemas de aparcamiento, el vandalismo, los controles policiales, etc. que debían soportar los residentes también dependiendo de la distancia que les separaba del estadio. Como resultado: las molestias no son superiores a las ventajas; se distribuyen además de forma distinta según su localización: las molestias se concentran más en la zona circundante al estadio mientras que las ventajas se extienden a un área más amplia. Pero, lamentablemente aquellos que sufragan los gastos, no son indemnizados por los que ganan con el deporte. Como este se podrían poner otros muchos ejemplos.

Los valores del deporte son, según la interpretación expuesta, algo muy incierto, continuamente expuesto a cambios, condicionado por los conocimientos y capacidades de un determinado momento, dependiente de una serie de acontecimientos concretos, altamente subjetivo e históricamente variable. Los valores del deporte no son una magnitud aritmética constante con la que y a través de la cual se puedan hacer cálculos estables –ni por los particulares, ni por los que hacen propaganda del deporte, ni por los políticos–.

El análisis que hemos efectuado hasta ahora puede ser criticado –y con razón– por ser excesivamente limitado; se centra únicamente en la percepción subjetiva de

los valores del deporte. Por ello, en las páginas que siguen voy a analizar el tema de los valores del deporte desde otros tres puntos de vista diferentes: el valor económico del deporte, el valor del deporte para las distintas instituciones y, finalmente, el valor del deporte para el Estado.

El valor económico del deporte

Quien hace deporte o desea participar en él, tiene que pagar un precio a cambio. Hacer deporte cuesta dinero y requiere tiempo. Su misma práctica lleva aparejados ciertos gastos: el pago de la cuota para adquirir la condición de socio en un club o para realizar deporte en un gimnasio de fitness; los aparatos y vestimenta deportiva; el entrenador, derechos de utilización de instalaciones y aparatos deportivos así como las entradas para los actos deportivos. Además, surgen gastos de desplazamiento entre el domicilio o lugar de trabajo y el de celebración del evento deportivo al igual que gastos adicionales para comida y alojamiento (2). Para la misma práctica del deporte se necesita tiempo, al igual que para el viaje, fabricación y cuidado de los aparatos e instalaciones deportivas así como para el club como entidad y el trabajo voluntario en el mismo. De este modo, la práctica del deporte está sometida a dos limitaciones: de gastos y de tiempo. Los gastos para el deporte concurren con otros gastos de consumo privado y el tiempo para su práctica con otras posibilidades de empleo de éste.

Los precios, se paguen en dinero o en tiempo, son la expresión llevada a un denominador numérico de la multitud de valoraciones subjetivas del deporte. Mediante el sistema de precios surge un nuevo mundo en el que lo personal, lo original, lo subjetivo de cada uno se reduce a un denominador común: el precio de un artículo. Sin embargo, las valoraciones subjetivas constituyen el punto de partida para la formación del precio; los precios son informaciones agregadas de estimaciones subjetivas. Tan sólo a través del

precio se hace posible una comparación intersubjetiva de las valoraciones individuales. El precio es un indicador fiable del valor del deporte en lo que se refiere a la valoración subjetiva de quienes se interesan por él. El dinero que la gente está dispuesta a gastar y el tiempo que dedica a "su" deporte constituyen la prueba de la importancia que se le da. De esta forma, pudiendo reducir el valor del deporte a valores numéricos, se pisa terreno conocido. Para ilustrar lo que acabamos de exponer disponemos de una serie de cifras. Los hogares gastaron en Alemania en el año 1990 unos 3 billones de pesetas en deporte (Weber, 1995). Mirado desde otra perspectiva: en una familia media de cuatro personas los gastos para el deporte ascienden aproximadamente al 14% anual de la totalidad de los gastos destinados al ocio, unas 84.405 pesetas. Dicho porcentaje no resulta muy alto, si se considera lo muy valorado socialmente que está el deporte. La población gasta mucho más en tabaco y alcohol. Y desde un punto de vista económico, también tienen mayor valor que el deporte otras actividades de tiempo libre, como viajar, vacaciones así como la participación en eventos culturales.

El valor del deporte para las instituciones

No solamente los particulares, hagan o no deporte, le atribuyen a éste valores, sino también las instituciones. Para los clubes y asociaciones deportivas es evidente que el deporte es valioso. Con ello, no únicamente justifican su razón de ser, sino que además proporcionan argumentos decisivos para obtener subvenciones estatales y aceptación pública. Los valores del deporte pueden interpretarse como fórmulas de consenso acerca de los beneficios y las expectativas de beneficio y, de este modo, como fundamento general para la actuación (política).

A primera vista, podría parecer que las organizaciones del deporte atribuyen el valor del deporte a sus efectos y funciones. Ello lo encontramos reflejado, por ejem-

² Estos factores adquieren especial relevancia a la hora de decidirse por unas "vacaciones deportivas", p.e. de esquí, vela, golf o semejantes, o de acudir a grandes eventos deportivos como los Juegos Olímpicos o los mundiales de fútbol.

plo, en la Carta del deporte alemán que fue aprobada, ya en 1967, por la Federación Alemana del Deporte (D.S.B.), la organización del deporte alemán que abarca a todas las asociaciones de los estados federales (Länder) y las federaciones deportivas.³ En ella se establece que "el deporte cumple en las sociedades modernas importantes funciones biológicas, pedagógicas y sociales. El deporte (...) beneficia a la salud, contribuye a la formación de la personalidad, es un factor de desarrollo inigualable, constituye una ayuda efectiva para la convivencia social (...)". El valor del deporte se explica a través de esta pluralidad de resultados y funciones. Sin embargo, las afirmaciones anteriores se enfrentan a una dificultad que es la siguiente: disponemos de pocos resultados empíricos científicamente aseverados acerca de los efectos y de las funciones que realmente se le puedan atribuir al deporte. En los casos en los que dichas investigaciones empíricas existan, queda por comprobar, si el deporte genera todos esos efectos positivos. Los efectos y, en consecuencia, los valores atribuidos al deporte parecen ser evidentes, incluso quizá se basen en experiencias personales. Sin embargo, la mayoría de las veces no se encuentran asegurados sistemática y empíricamente. La lectura de la bibliografía dedicada a este tema no nos aclara muchas dudas. Me gustaría abordar el problema haciendo uso de dos ejemplos: el primero, partiendo de la premisa de los efectos del deporte para la salud y el segundo, considerando el significado socio-integrador del deporte.

Con respecto al primer ejemplo, cabe decir lo siguiente: posiblemente existan muy pocas ideas que sean asumidas de forma tan amplia y generalizada y, a la vez de manera menos crítica, que la afirmación de que el deporte es bueno para la salud. Desde el nacimiento del deporte a principios del siglo XIX y hasta la actualidad, éste aparece vinculado a la salud y no solamente en las sociedades industriales occidentales, sino también en los antiguos estados comunistas y en los países en vías de desarrollo (Cachay, 1988). El deporte, como se repite una y otra vez de los mo-

dos más variados, es un componente esencial del estilo de vida saludable de las sociedades modernas. Con argumentos de este tipo, las organizaciones deportivas legitiman su existencia, la necesidad de subvenciones estatales y la exigencia de reconocimiento público.

Seguramente existen muchos resultados médicos y epidemiológicos que aseguran que el movimiento y el ejercicio corporal regular despliegan efectos positivos para la salud física y psíquica. La medicina deportiva, sobre todo, no ha ahorrado ningún esfuerzo en demostrar los efectos positivos del deporte en todos los parámetros imaginables de la condición física. Sin embargo, 1) nos cuestionamos si todos estos efectos, están ligados a cualquier ejercicio físico (trabajo de jardinería, lavar el coche, subir las escaleras); 2) las investigaciones empíricas demuestran que al deporte va unido un peligro de sufrir lesiones por encima de la media que se incrementa en la alta competición, aunque también se da en deportes de práctica individualizada, como el esquí o la hípica, los cuales representan un riesgo para la salud superior al normal; 3) finalmente, hay que tener presente que, dada la pluralidad de formas en que el deporte se puede practicar, sea como deporte de ocio, de competición o deporte para todos, en campeonatos o de manera recreativa, no se puede esperar que exista una relación directa entre deporte y salud.

Sobretudo los deportistas de competición están expuestos a grandes tensiones físicas. El número de competiciones aumenta con rapidez ante la presión de los intereses comerciales y además los tiempos de descanso son cada vez más cortos. El atleta, aún con lesiones de carácter leve, se ve obligado a participar en competiciones para ganar el máximo de veces durante el tiempo, relativamente corto, en que se encuentra en plena forma. Con ello no se hace más que forzar la naturaleza del cuerpo. Especialmente las microlesiones no acaban de curarse del todo durante el breve período de descanso y recuperación, dado que permiten seguir con el entrenamiento. Sin embargo, así aumenta el

riesgo de que los daños se incrementen y de que, dependiendo del caso, se conviertan en crónicos.

Me limito a citar los resultados de un estudio procedente de Inglaterra/Gales (British Sport Council, 1990). Según éste, se estima que anualmente se producen 19,3 millones de accidentes deportivos que llevan aparejadas nuevas lesiones y otros 10,4 millones que hacen resurgir las antiguas. El tratamiento de dichos accidentes ocasionó costes directos de aproximadamente de 110.986 millones de pesetas. Las pérdidas en la producción se estiman aproximadamente en 151.225 millones de pesetas. En Alemania y en el país bajo se dan cifras similares (Lüschen, 1993; Galen, 1990).

Además, no siempre quienes practican deporte tienen como valor principal el mantenimiento de la salud. Pero incluso, cuando lo que se pretenda sea conseguir mejorarla o mantenerla, no es de modo alguno seguro que dicho fin se alcance. Dicho de manera sencilla y clara: las personas que se mueven poco o que hacen poco deporte tienen que acudir con más frecuencia al internista y los deportistas con más frecuencia al ortopedista.

El segundo ejemplo que quiero tratar alude a otro valor del deporte propagado con frecuencia: su efecto sociointegrador; es decir, su capacidad de reunir a personas de diferentes estratos sociales y de distinta procedencia étnica, confesional o regional. En este caso también debe procederse con cautela. Por medio de las investigaciones empíricas sabemos que la cifra de clubes pequeños va en aumento y su tamaño, en lo que respecta al número de miembros, disminuyendo. Cuanto mayor sea el club, con mayores dificultades se topará para recabar nuevos miembros o mantener a los antiguos. El futuro del deporte parece, más bien, pertenecer al club pequeño, que la mayor parte de las veces tan sólo ofrece un tipo de deporte. Al mismo tiempo, se puede apreciar, entre otras cosas, el hecho altamente significativo de que los clubes pequeños son pequeñas comunidades socialmente muy homogéneas. El club pequeño es a la vez un club cerrado en sí. La gran homogeneidad en la

³ Sobre la organización del deporte alemán y el papel de la Federación Alemana del deporte, véase Heinemann (1999, pp. 39-42).

estructura de sus miembros se corresponde, en definitiva, con la gran homogeneidad de los intereses deportivos.

De esta forma surge la imagen de un club pequeño y en sí, en lo que se refiere a la estructura y a los intereses de sus miembros, homogéneo. La identidad de características, condiciones de vida e intereses no son únicamente presupuestos esenciales para la fundación sino también para el funcionamiento de este tipo de clubes.

Probablemente el proceso es el siguiente: se funda un nuevo club; uno se hace miembro de un club pequeño, no sólo porque desee practicar un deporte junto con otros, sino, más bien, por poderlo hacer entre los suyos. Y aún no siendo esta la finalidad, la homogeneidad, a partir de la cual se funda el club se mantiene a lo largo de su historia. Como consecuencia de ello, antes que apertura e integración social, se dan más bien segregación y círculos cerrados de personas.

Si esta suposición resultase ser cierta, la ideología sustentada por las organizaciones deportivas respecto al valor integrador del deporte y el carácter abierto –no restrictivo– de sus clubes queda puesta en entredicho. Al respecto, por lo que podemos observar en Alemania, los extranjeros, sobre todo los turcos, fundan sus propios clubes con el deseo de permanecer entre ellos y de cuidar su cultura y su lengua. Cuantos más extranjeros convivan en una región, mayor será esa tendencia a la segregación y menor la disposición a la integración. Incluso en los clubes grandes se forman subgrupos y departamentos de carácter relativamente cerrado.

Muchas afirmaciones acerca de los “valores del deporte” se basan en la falta de conocimientos, pero también en que al saber común no se le analiza con mirada crítica. La falta de conocimientos abre de par en par las puertas a la especulación. De modo que, entretanto, las suposiciones acerca del valor que el deporte pudiera tener, van creciendo de forma incalculable y sin remedio. Hace algún tiempo evaluamos el contenido de todos los discursos, manifestaciones y declaraciones de principio de la Federación Alemana del Deporte de cara a determinar qué valores, funciones, significado y efectos se le pue-

den atribuir al deporte. Así, llegamos a más de 250 “valores” del deporte cosa que resulta ser un ejemplo –más que de un acusado sentido de la realidad– de una floreciente fantasía. De esta manera, el deporte se presta con frecuencia a manipulaciones y abusos políticos, de los que lamentablemente el pasado nos proporciona abundantes ejemplos.

No sólo estos ejemplos demuestran que las declaraciones sobre el valor del deporte son en gran medida arbitrarias y sin aseveración empírica. Antes bien se debe añadir otro argumento. En las reflexiones introductorias ha quedado confirmada la tesis de que los valores del deporte son cultural e históricamente variables. Pues bien, a esa hipótesis dirigimos ahora la mirada para recordar el destino de un “valor” del deporte, que en el pasado tuvo un significado clave: el ideal del amateurismo o la prohibición, moralmente fundada, de cualquier tipo de comercialización de éxitos deportivos y popularidad. Se trata de un valor del deporte que tiempo atrás fue fundamental.

Para la defensa de estos ideales se arguyó que la comercialización podía llevar al fracaso de los fines pedagógicos del deporte, que el idealismo del trabajo voluntario se desintegraría y que el bien cultural deporte desaparecería. Damos la palabra a Carl Diem, conocido defensor de este ideal: “En la persona del amateur damos la bienvenida a alguien que redondea su vida. Aunque ésta sea por lo demás insípida y sencilla, él le da a través del deporte luz y luminosidad, se cuida en cuerpo y alma, se eleva por encima de sí mismo. (...) La ambición de reconocimiento y de experiencias heroicas obedece a su vez al impulso santo encaminado a mantener la especie. El deporte es una inclinación a la disciplina, un ‘excelsior’, un aspirar a las altas cimas de la existencia. El mismo subconsciente se hace eco de las palabras ‘sirve a la patria, el que parezca que jugamos’. Los valores humanos que el deportista adquiere sirven a su pueblo y el ‘club’, por cuya honra lucha, es sólo un símbolo de esa gran comunidad. Este sentido interno, esa dignidad del deporte se desvanece convirtiéndose en una nada insípida en el momento en que en vez de por

los valores interiores se mire por las ventajas exteriores” (Diem, 1927, p. 119). También en esta cita se da explicación a un valor del deporte con sus beneficios y expectativas de beneficio.

Sin embargo, mirado atentamente, ese ideal de amateur sirvió en la última mitad del siglo XIX a sus defensores excluir a grupos de personas consideradas a sus ojos inoportunas, asegurar su propia posición y velar por sus intereses. Como sutilmente describe el sociólogo crítico y economista americano Thorsten Veblen en su libro “Teoría de la clase ociosa” de finales del siglo XIX, el deporte se practicaba en América por una alta sociedad nuevo rica como forma demostrativa de consumo; es decir, como una posibilidad de poner a la vista de todos su estatus social, su opulencia y el tiempo libre del que disponía. De esta manera, el deporte amateur sobre todo el tenis, la vela y el golf, que costaban mucho tiempo y dinero, se elevó a la calidad de ideal con el que se demostraba estar en condiciones de disponer del tiempo libre de forma “improductiva” y “sin más finalidad” sin tener que soportar el peso de obligaciones serias y de presiones económicas. Por consiguiente, la defensa del deporte amateur en América sirvió a las clases sociales altas para desclasificar a todos aquellos que hacían deporte movidos por la retribución o que requerían ayuda económica para poder afrontar las competiciones deportivas. La forma en que Coubertin argumenta la idea olímpica (al menos su ambigüedad) destacando “el carácter noble y caballeresco del deporte” debe entenderse en este sentido. Ésta perseguía (o al menos también provocaba) un distanciamiento social. Con las reglas de amateur se trazaba la separación del deporte de los gentleman de la alta sociedad británica y del consumo de deporte demostrativo por parte de los nuevos ricos americanos frente al “proletariado”.

El caso alemán es muy relevante al respecto. Antes de la I Guerra Mundial, en Alemania se habían traducido los reglamentos de los deportes ingleses eliminando toda referencia al amateurismo porque en este país la cuestión no se consideraba importante. Ahora bien, ante la resistencia del mundo del deporte por aceptar a

Alemania en los foros internacionales –en especial, para dar el visto bueno a su participación en los Juegos Olímpicos de 1928 de los que hasta entonces había sido excluida– los alemanes incluyeron de nuevo el valor del amateurismo en sus reglamentaciones deportivas.

Posteriormente, al darse los primeros intentos de comercialización, dicho ideal debería proteger a las organizaciones deportivas y a sus directivas de perder su poder e influjo en la configuración del deporte. Las asociaciones deportivas pusieron durante un largo período de tiempo trabas a la comercialización para poder mantener el control sobre el deporte. Las organizaciones deportivas, como el Comité Olímpico Internacional y las asociaciones especializadas nacionales e internacionales, eran las únicas responsables de las reglas del deporte y de la organización de competiciones nacionales e internacionales. Fueron ellas las que establecieron las condiciones de su organización y determinaron quién podía participar. El estatus de amateur lo permitía asegurando, a la vez, una organización eficaz y una financiación sobre la base del trabajo voluntario. Esta autonomía del deporte fue experimentando un retroceso progresivo debido a la creciente comercialización, sobre todo en EEUU ante la aparición de carteles deportivos independientes de las asociaciones deportivas así como por la influencia creciente de los medios de comunicación y las intervenciones estatales.

En resumen: el ideal del amateurismo fue en primer lugar una estrategia para marcar distancias, posteriormente un requisito de acceso, más tarde un instrumento para asegurar la influencia, para pasar a ser hoy, más bien, nostalgia.

Apreciamos claramente que los valores no son, sin más, el fundamento de una pauta de actuación. No son (con frecuencia) ideales sublimes. Más bien, sirven a sus proclamadores como ideología y, sobre todo, para asegurar su poder e influencia, para justificar y estabilizar las diferencias sociales o para movilizar recursos en forma de subvenciones estatales o valoraciones públicas. Los valores del deporte tienen funciones instrumentales y significado estratégico en un sistema del

deporte que, más bien, parece una “arena política” (Porro, 1999, p. 33).

Sin embargo, las dificultades no cesan ahí dado que, a la vez, una cifra creciente de instituciones acapara para sí el deporte y lo recubre de valores. Las Iglesias aprecian en el deporte algo diferente que las empresas, los organizadores de Juegos Olímpicos algo distinto que las organizaciones medio ambientales, las instituciones de cultura otra cosa que los partidos políticos y el Estado algo diferente a las organizaciones turísticas. El problema se concreta de la forma siguiente: antes las asociaciones deportivas tenían una posición en gran parte indiscutida y universalmente reconocida al determinar el sentido, valores e ideales del deporte (Heinemann/Schubert 1999, p. 148). Se trataba de instituciones universalmente reconocidas en el deporte que le daban a éste sentido. Sobre esos valores existía dentro del deporte y en la sociedad un consenso generalizado. Ambas cosas se han perdido. Cada vez más áreas existenciales hacen del deporte su objeto y le atribuyen ciertos valores. Así, se va perdiendo el consenso acerca de cuales son los valores propios del deporte. Que no sorprenda entonces que al hablar de valores del deporte nos envuelva, casi automáticamente, una maraña babilónica de lenguas.

Ahora bien, con ello no pretendo decir, que los valores del deporte nos vengán servidos únicamente por fanáticos e ideólogos, ya que si esto fuese así, ¿cómo podría explicarse que el Estado apoye al deporte, en ocasiones de modo masivo?

El valor del deporte para el Estado

Con lo que la gente está dispuesta a pagar por su deporte con frecuencia no se pueden cubrir sus costes. Sin embargo, existen instituciones, como el Estado o los mecenas, que opinan que el deporte en realidad tiene un valor más alto de aquel que esté dispuesto a pagar cualquiera que lo practique.

El Estado subvenciona al deporte en un alcance considerable (Andreff, 1996). Aunque se existen claras diferencias entre los distintos países la tónica general es que es

mucho el dinero que el Estado pone a disposición del deporte. Dado que nos consta que el Estado administra siempre muy cuidadosamente el dinero que recibe de sus contribuyentes estimará también de forma muy realista el valor del deporte. Este hecho se puede explicar económicamente de la siguiente forma: con lo que la gente está dispuesta a pagar por su deporte no se pueden cubrir, en la mayor parte de las ocasiones, los gastos que éste origina. No obstante, el Estado opina que el deporte tiene un valor mayor de lo que están dispuestos a pagar quienes lo practican. De esta forma el Estado da subvenciones al deporte con la finalidad de hacerlo atractivo para aquellos que subjetivamente estiman su valor por debajo del precio de mercado.

Entonces, ¿qué valor tiene el deporte para el Estado? y ¿qué expectativas tiene éste respecto a las funciones y beneficios del deporte en la sociedad? Las respuestas a estas cuestiones revelan otras peculiaridades de los “valores del deporte”.

Muchos valores del deporte son “públicos”

Muchos efectos y resultados del deporte (supuestos o reales) benefician a todos independientemente de haber o no contribuido a los gastos que el deporte ocasiona. Los economistas hablan en este caso de “bienes públicos” (Heinemann, 1998). El orgullo que genera la victoria de “nuestra” selección nacional puede ser experimentado por muchas personas. Sin embargo, nadie estará dispuesto a pagar por ello ya que ese beneficio se puede obtener gratuitamente. En el caso de que el deporte hiciese posible por ejemplo la integración de minorías todos saldríamos beneficiados, dado que en la sociedad habría menos conflictos y tensiones sociales; no sólo se beneficiarán las personas que hayan trabajado activamente en el campo de la integración social. El orgullo de pertenecer a una ciudad organizadora de los Juegos Olímpicos y estar en el punto de mira de la comunidad internacional, los efectos de imagen y publicidad que van unidos a ese tipo de evento deportivo de gran difusión así como la posibilidad de hacer en ese marco buenos negocios,

constituyen otros ejemplos. Todo el mundo se beneficia de estas ventajas. Sin embargo, ninguna persona individualmente, estará dispuesta a invertir en la producción de esos bienes ya que esto supondría cargar con gastos que redundan en beneficio de todos. Como el Estado presume que todos nosotros damos valor a este tipo de prestaciones opta por financiarlas.

Los valores del deporte se valoran de manera diferente

Si bien los gastos y beneficios pueden ser estimados en muchos casos de forma individual, los particulares les atribuyen un valor inferior que el Estado. Es decir, lo que un particular estaría dispuesto a pagar, no serviría para cubrir los gastos que surgen. Los economistas hablan en este caso de bienes meritorios,⁴ dentro de los cuales la salud constituye un ejemplo típico. Tan solo valoramos la salud cuando nos ponemos enfermos. Que caigamos enfermos es, por suerte, algo que desde el presente nos parece incierto y perteneciente a un futuro remoto. El Estado, en cambio, va más allá y trata de disminuir los riesgos de enfermedad mediante el fomento de la práctica deportiva tratando que las personas estén sanas durante muchos años. De todos modos, ya hemos visto que este argumento también se tambalea.

En el deporte se originan efectos no intencionados

Por último, al deporte pueden venir asociados resultados y significados que las personas no han previsto y de los que, en consecuencia, no son conscientes. Los objetivos y móviles de actuación pueden separarse de las consecuencias que ésta realmente trae consigo. En cambio, el Estado puede perseguirlos porque los considera importantes. La socialización por

medio del deporte, el apoyo a la juventud así como la canalización de la agresividad a través del deporte son algunos ejemplos.

Todo esto suena muy razonable. De todas formas, al Estado junto a esos valores del deporte se le presentan algunas dificultades, como demuestran las siguientes reflexiones:

- Al igual que todos nosotros el Estado sólo tiene certeza empírica de algunos de los efectos de la práctica deportiva. Por ello, adopta aquellas valoraciones que las asociaciones deportivas formulan y propagan en muchas declaraciones de principios y discursos. En las exposiciones de motivos de las subvenciones estatales se encuentran reproducidas –en ocasiones, literalmente– las atribuciones de valor y de funciones que las asociaciones atribuyen al deporte. Ya he mencionado que estas atribuciones de valor no tienen fundamentación empírica y sirven, sobre todo, para movilizar los recursos de terceros y a reclamar apoyos de carácter material o inmaterial. Esto hecho prueba el éxito de las ideologías de las asociaciones deportivas y demuestra que el Estado no realiza una ponderación objetiva de costos y beneficios.
- El Estado dispone únicamente de información incompleta acerca de las necesidades, intereses y posibilidades materiales de sus ciudadanos. El Estado difícilmente puede enterarse de las necesidades que tienen sus ciudadanos en realidad y del valor que éstos atribuyen al deporte. No queda claro cuáles son los bienes públicos que los ciudadanos de hecho desean y hasta qué punto quieren saber en qué proporción los bienes meritorios se subvencionan con sus impuestos. Un ejemplo impresionante proviene de la comparación de distintos cantones o municipios suizos. En algunos canto-

nes/municipios los ciudadanos pueden decidir mediante referéndum si se deben efectuar determinadas inversiones en infraestructuras, incluidas por ejemplo las instalaciones deportivas, piscinas etc. En otros no tienen este derecho. Como consecuencia de esto, los cantones/municipios que no pueden votar, disponen de más instalaciones que allí donde los mismos ciudadanos pueden decidir; en estos últimos votan en contra de ciertas inversiones que consideran innecesarias. Las personas que adoptan decisiones estatales parecen sobrestimar el interés de los ciudadanos por ese tipo de instalaciones. Al parecer, el Estado estima el valor del deporte por encima de lo que lo hacen sus ciudadanos de forma que permite que se beneficien de ciertas ventajas que ellos ni siquiera desean.

Problemas para determinar los valores del deporte

La pretensión de este artículo es advertir de que ante declaraciones acerca de los “valores del deporte” hay que proceder con mucha cautela. No se trata únicamente de un problema teórico o de un tema de discusión de ética deportiva pero también apunta hacia las responsabilidades de las asociaciones y otras instituciones, cuando hablan de los “valores del deporte”. Al hablar de valores del deporte desencadenan esperanzas y expectativas. La gente hace deporte porque algo se le promete –como salud, modelado del cuerpo, integración social–. Sin embargo, dichas esperanzas pueden desvanecerse fácilmente como prueba la cantidad de aparatos de entrenamiento que no hacen más que empolvase en sótanos y áticos sin ni siquiera haber sido usados o la cantidad de cuotas pagadas a clubes o gimnasios de fitness comerciales que no se acaban de aprovechar. Una declaración acerca de los “valores del deporte” puede resultar especialmente

⁴ Conocemos un fenómeno comparable en el mundo del arte. Para acudir a una exposición de arte puede haber muchas buenas razones. A uno le impresiona a técnica pictórica del artista, otro queda maravillado por la estética de los colores, a su vez, otros se deleitan contemplando bonitas exposiciones paisajistas o bodegones, algunos quieren ver de una vez por todas la versión original del cuadro de un artista conocido cuya reproducción tienen desde hace tiempo en el salón de casa. Cada visitante puede apreciar una obra de arte por distintas razones. Sin embargo, al fin y al cabo, tampoco es que todo ello signifique tanto para los visitantes, ya que por término medio pagan a lo sumo 1.500 pesetas por la entrada. En caso de precios más altos, para muchos el costo de la entrada supera al placer que proporciona el arte. Sabido es que el dinero recaudado por la venta de entradas no alcanza para adquirir y asegurar los cuadros de una exposición. Pero “el Estado benefactor” le da más importancia a nuestro placer por el arte y subvenciona de este modo hasta el 95% de los gastos originados en un museo. No obstante, a pesar de las altas subvenciones sólo entre un 1% y 2% de la población visita las galerías de arte. Para el resto las exposiciones de arte prácticamente no tienen valor.

problemática en el caso de que en vez de considerarse los intereses de los deportistas, lo que se persiga sea el aseguramiento de la propia situación de poder, la justificación de los medios estatales o el aumento de la aceptación pública.

De cualquier manera, también se debe considerar que la cuestión acerca de los valores del deporte resulta ser francamente complicada, cuando de lo que se trata es de dar una respuesta precisa. Los problemas que se presentan son:

- de carácter teórico, ligados a la recopilación sistemática y a la comparación intersubjetiva de valoraciones subjetivas inestables y circunstanciales de una elevada cifra de individuos e instituciones;
- de carácter empírico, que surgen al recopilar con exactitud las funciones, significado y efectos del deporte;
- de carácter metodológico, que residen en la obtención de informaciones seguras sobre intereses y necesidades de los ciudadanos;
- de carácter ético, que nacen del intento de alcanzar una atribución y distri-

bución justa de costos y beneficios así como de valores positivos y negativos del deporte.

Este resultado decepcionará a todos aquellos que esperen una respuesta clara de un sociólogo acerca de "el" valor del deporte. Es sabido que a los sociólogos les gusta crear una "desorientación fructífera" que pueda contribuir a hablar de forma crítica, diferenciada y distante del valor de aquello de lo que hablan, cosa que muchos califican –a mi entender con razón– como la cosa menos importante y más bonita del mundo.

Bibliografía

- Andreff, W.: "Economía. Síntesis de las investigaciones actuales", en *La función del deporte en la sociedad. Salud, socialización, economía*. Madrid: Ministerio de Educación y Cultura, Consejo Superior de Deportes, 1996, pp. 161-185.
- Bale, J.: *Sport, Space and the City*. London/New York: Routledge, 1993.
- Diem, C.: "Zum Amateurbegriff", *Leibesübung*, 5/6, 1927.

- Cachay, K.: *Sport und Gesellschaft*. Schorndorf: Hofmann, 1998.
- Galen, W.; Diederiks, J.: *Sportblessures breed uigemeten*. Haarlem, 1990.
- Heinemann, K.: *Introducción a la Economía del deporte*. Barcelona: Paidotribo, 1998.
- : *Sociología de las organizaciones voluntarias. El ejemplo del club deportivo*. Valencia: Tirant lo Blanch, 1999.
- Heinemann, K.; Puig, N.; López, C. y Moreno, A.: "Clubs deportivos en España y Alemania: Una comparación teórica y empírica", *Apunts. Educación Física y Deportes y Deportes*, 49 (1997), pp. 40-62.
- Heinemann, K.; Schubert, M.: *Der Sportverein*, Schorndorf: Hofmann, 1994.
- : "Sports Clubs in Germany", en K. Heinemann (ed.), *Sport Clubs in Various European Countries*. Schorndorf/Stuttgart: Hofmann/Schattauer, 1999.
- Lüschen, G.; Abel, T.; Cockerham, W. y Kunz, G.: "Kausalbeziehungen und sozio-kulturelle Kontexte zwischen Sport und Gesundheit", *Sportwissenschaft*, 13,2 (1993).
- Porro, N; Bizzaglia, G. y Conti, D.: "The sport system and sports organisation in Italy", en K. Heinemann (ed.), *Sport Clubs in Various European Countries*. Schorndorf/Stuttgart: Hofmann/Schattauer, 1999.
- Weber, W. et al.: *Die wirtschaftliche Bedeutung des Sports*. Schorndorf: Hofmann, 1995.